



# MAQUIAVELO PARA EL SIGLO XXI

*EL PRÍNCIPE EN LA ERA  
DEL POPULISMO*

FERRAN CABALLERO

PRÓLOGO DE GREGORIO LURI

*Ariel*

Ferran Caballero

Maquiavelo para el siglo XXI

*El príncipe* en la era del populismo

*Ariel*

1.ª edición: marzo de 2017

© 2017, Ferran Caballero

© del prólogo, 2017, Gregorio Luri

El autor se ha basado en la traducción de *El Príncipe*  
de Emilio Blanco (Ariel, 2013)

Derechos exclusivos de edición en español  
reservados para todo el mundo  
y propiedad de la traducción:

© 2017: Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona  
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.  
[www.ariel.es](http://www.ariel.es)

ISBN 978-84-344-2540-8

Depósito legal: B. 2.376 - 2017

Impreso en España por Liberduplex

El papel utilizado para la impresión de este libro  
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)  
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

## ÍNDICE

Dedicatoria . . . . .	7
Prólogo de Gregorio Luri: Oyendo a los grillos cantar	II
I. De cuáles son las clases de gobiernos y de que modo se adquieren . . . . .	31
II. Acerca de los gobiernos heredados . . . . .	32
III. Acerca de los gobiernos mixtos . . . . .	34
IV. Por qué el pueblo de España, que había sido dominado por Franco, no se rebeló contra sus sucesores tras la muerte del dictador . . .	45
V. De qué modo se deben gobernar las naciona- lidades históricas. . . . .	50
VI. Acerca de los regímenes nuevos que se fun- dan con las armas propias y con virtud. . . . .	53
VII. Acerca de los gobiernos que se obtienen con la fortuna . . . . .	59
VIII. De aquellos que llegaron al gobierno median- dante la mentira y el engaño. . . . .	66
IX. Del populismo . . . . .	73
X. Cómo hay que medir las fuerzas de todos los países . . . . .	79
XI. De la religión . . . . .	82

XII. De cuántas son las clases de ejércitos, y acerca de los soldados mercenarios . . . . .	85
XIII. De los ejércitos auxiliares, mixtos y propios	88
XIV. Qué conviene hacer al gobernante en relación con la oposición . . . . .	91
XV. Acerca de las cosas por las que son alabados o vituperados los hombres, y especialmente los políticos . . . . .	95
XVI. Acerca de la generosidad y de la parsimonia	98
XVII. Acerca de la crueldad y de la compasión; y de si es mejor ser amado que ser temido, o al contrario . . . . .	102
XVIII. De qué manera deben los gobernantes mantener la palabra dada . . . . .	107
XIX. De la forma de escapar del desprecio y del odio . . . . .	112
XX. Si las barreras comerciales y otras muchas cosas que hacen a diario los gobiernos son útiles o no . . . . .	118
XXI. De lo que conviene al gobernante para ser estimado . . . . .	123
XXII. De los secretarios de los presidentes . . . . .	128
XXIII. De qué forma hay que huir de los aduladores	130
XXIV. Por qué los presidentes pierden el gobierno	133
XXV. De lo que puede la fortuna en las cosas humanas y de qué manera hay que enfrentarse a ella . . . . .	135
XXVI. Exhortación a acometer la defensa de Europa y a protegerla de sus enemigos . . . . .	140
Notas del prólogo . . . . .	143

# I

## DE CUÁLES SON LAS CLASES DE GOBIERNOS Y DE QUÉ MODO SE ADQUIEREN

Todos los Estados, todos los gobiernos conocidos por el hombre, han sido y son o democracias o dictaduras. Los gobiernos democráticos son, o heredados, en los que el partido del gobierno se ha mantenido en él durante varias legislaturas, o nuevos. Los nuevos, o son totalmente nuevos, como lo fue el de Syriza en Grecia o el de Carmena en Madrid, o son coaliciones como el gobierno de Barcelona, del nuevo partido de Ada Colau con los viejos socialistas, o la gran coalición alemana entre el CDU de Angela Merkel y el SPD. Los gobiernos que así se consiguen, o están acostumbrados a funcionar bajo un único partido o están acostumbrados a cambiar a menudo de gobierno; y se ganan por errores de los demás o por aciertos propios, o por fortuna o por virtud.

## II

### ACERCA DE LOS GOBIERNOS HEREDADOS

Omitiré tratar de las dictaduras, porque ya se ha tratado largamente de ellas en otros lugares. Me ocuparé solo de las democracias, e iré retejiendo los hilos que acabo de escribir, y expondré cómo se pueden gobernar y mantener estos gobiernos.

Digo, pues, que en los gobiernos heredados y acostumbrados al poder de su partido hay bastantes menos dificultades para mantenerlos que en los nuevos, porque basta únicamente con no alterar el orden de los predecesores y después gobernar según las circunstancias; de tal forma que si ese gobernante tiene un talento mediano, siempre se mantendrá en su gobierno, si no interviene una circunstancia extraordinaria y excesiva que lo prive de él; incluso privado del poder, lo recuperará tan pronto el usurpador encuentre alguna dificultad.

Tenemos en España, entre los ejemplos de ello, al gobierno del PNV en el País Vasco, que perdió el poder tras treinta años seguidos en él, pero al que

bastaron tres años en la oposición para recuperarlo, tan solo por ser el partido que desde más antiguo y durante más tiempo ha gobernado aquel país.

Porque el gobierno que se tiene por natural tiene menos razones y menor necesidad de ofender, de donde se sigue que sea más amado; y si no se hace odiar por vicios extraordinarios, es razonablemente querido por los suyos. Y en la antigüedad y continuidad del gobierno se debilitan las memorias y las causas de las innovaciones, porque siempre un cambio pone el estribo para el siguiente.



### III

#### ACERCA DE LOS GOBIERNOS MIXTOS

Pero las dificultades se hallan en el gobierno nuevo. Y en primer lugar si no solo es nuevo sino de coalición, y más todavía cuando esta se da en un gobierno semiautónomo, al que el presidente del gobierno no puede controlar del todo pero del que no puede tampoco desentenderse sin más. Por estos motivos podemos considerarlos gobiernos mixtos. Los problemas surgen de una dificultad natural que hay en todos los gobiernos nuevos: y es que los hombres cambian voluntariamente de gobernantes porque esperan mejoras, y esta creencia les hace votar en contra de quien ostenta el poder. Y en esto se engañan a menudo, y ven después por experiencia que han empeorado. Lo que depende de otra necesidad natural y ordinaria, que hace que deban siempre traicionarse muchas de las promesas que se hicieron para alzarse con el poder; de forma que todos aquellos a los que has ofendido al ocupar el poder se convierten en tus enemigos, y no puedes conservar como amigos a todos los que te han puesto allí, por

no poder satisfacerlos de la forma que esperaban y por no poder desentenderte del todo de sus intereses si aspiras a mantenerte en el gobierno; porque siempre, aunque uno gane el soporte de nuevos ciudadanos o obtenga poderosísimos apoyos económicos y mediáticos, al final necesita mantener el favor de sus votantes para gobernar cualquier institución. Por estas razones ganó tanto poder municipal y autonómico el nuevo partido Podemos y por estas mismas va perdiendo apoyos, elección tras elección, allí donde gobierna. Porque aquellas gentes que lo habían aupado al poder, sintiéndose engañadas al no ver llegar el magnífico futuro que esperaban, no pudieron soportar con la debida paciencia las molestias que toda política pretendidamente revolucionaria necesariamente acarrea.

Bien es verdad que los gobiernos que así terminan perdiéndose, al conquistarse después por segunda vez, suelen perderse más difícilmente, porque el gobernante, aprendida la lección, es menos cauto en asegurarse en el poder, castigando a los socios díscolos, apartando a los sospechosos y reforzándose en sus puntos débiles. Tomando el ejemplo de lo que le pasó al PSC cuando gobernaba Cataluña formando un tripartito con Esquerra e Iniciativa, vemos que, si para acabar con el primer tripartito bastó con que ERC declarase su intención de votar en contra del Estatut, para acabar con el segundo hizo falta que todo el mundo se le pusiera en contra, incluso el propio PSOE. No obstante, tanto el primero como el segundo tripartito acabaron en un rotundo fracaso y al PSC lo dejaron de lado tanto sus socios como

sus votantes. Queda ahora ver qué remedios tenían los socialistas a su disposición, y cuáles puede tener uno que se encuentre en una situación parecida para poder mantenerse mejor en el poder de lo que lo hicieron ellos.

Digo, por tanto, que estas autonomías, que al caer en manos de un partido de ámbito nacional se suman a un proyecto más amplio de país, pueden ser de su misma ideología y de su misma lengua o no serlo. Cuando lo son, mantenerlos es cosa fácil, sobre todo si no están acostumbrados a creer gobernarse de forma más o menos independiente; y para poseerlos con seguridad bastaría asegurar la jubilación forzosa y lo más dolorosa posible de los antiguos gobernantes, ya que manteniéndose en el resto de las cosas las viejas condiciones y no habiendo disconformidad en las políticas, los hombres viven tranquilamente y aunque haya algunas diferencias de tipo retórico, las políticas son por el contrario similares y los pequeños cambios se pueden soportar fácilmente. Y el que conquista estos gobiernos, queriéndolos conservar, debe tener dos consideraciones: una, que el poder del antiguo gobierno se extinga; otra, no hacer grandes cambios ni en sus leyes ni en sus impuestos, de tal forma que en un tiempo cortísimo se haga de este gobierno nuevo un gobierno estable.

Pero cuando se conquista el gobierno en autonomías con diferente lengua, ideología o instituciones, aquí sí hay dificultades y hace falta tener una gran fortuna y una gran industria para mantenerlos. Y uno de los mayores remedios y más eficaces sería

que la persona que logra el gobierno fuera alguien de prestigio largamente reconocido entre los gobernados. Esto haría más segura y más duradera aquella posesión, como pretendió hacer el Partido Socialista con Pasqual Maragall, con quien logró superar por primera vez en votos a la Convergencia de Pujol, y que solo pudo hacerlo por ser alguien muy conocido y respetado en el país y buen conocedor de su realidad y de sus grandes hombres; porque cuando este es el caso se ven nacer los desórdenes y se puede aspirar a remediarlos con rapidez; no siéndolo, se tiene conocimiento de ellos cuando han crecido y ya no tienen remedio. A sus socios de gobierno les pesa el recurso de un presidente con prestigio, de donde tendrían más motivos para amarlo, si quisieran ser buenos, o de temerlo, si quisiesen comportarse de otro modo. Y gracias a eso, tanto los críticos, internos y externos, como la oposición, le tenían a Maragall más respeto del que tuvieron a su sucesor. En definitiva, alguien que logra el poder teniendo un gran prestigio, es más difícil que lo pierda que alguien que tiene que preocuparse al mismo tiempo de conservar el poder y de ganarse una autoridad.

El otro gran remedio es ganarse el control de los medios de comunicación públicos y la simpatía de los privados, porque es necesario o bien hacer esto, o bien crear y mantener un equipo de agitación y propaganda propio. Con la prensa no se gasta mucho y lo que se gasta no es propio, y sin gastos, o con muy pocos, controla mejor el discurso público dando apariencia de neutralidad y respeto a la libertad de expresión, y ofende solo a aquellos a quienes

despese de sus cargos en radios, periódicos y televisiones para dárselos a los nuevos directivos, que son una parte minúscula de la sociedad; y aquellos a los que ofende, mientras permanezcan desperdigados y sin presencia pública, no le pueden hacer más daño; y los otros periodistas quedan por una parte sin haber recibido ofensa —y a causa de ello deberían estar tranquilos—, y por otra tienen miedo a equivocarse, recelando que les pueda suceder a ellos lo mismo que a los que han sido apartados de sus cargos. Concluyo que estos medios no cuestan, son más fieles, atacan menos, y los atacados no pueden hacer mucho daño, al quedar apartados de los grandes medios y centros de influencia. Por lo cual conviene señalar que hay que tratar a los hombres o bien mimosamente, o bien aniquilarlos, porque se vengan de las ofensas pequeñas, ya que de las grandes no pueden. La ofensa que se hace al hombre debe ser tal que no puedas temer la venganza. Si, en lugar de comprar el favor de los viejos medios de comunicación, tienes que montar algunos nuevos que te sean favorables, gastas gran parte del crédito ciudadano y, teniendo que usar tu poder para influir en grandes empresarios e inversores, a quienes deberás un favor, revelarás claramente tus intenciones ante el pueblo y los medios ya existentes; de modo que lo ganado fácilmente se convierte en pérdida; y ofendes a todos los demás, a quienes solo podrás acallar con favores más grandes que los que creías haberte ahorrado; y de estos proceder todos se quejan y algunos se tornarán enemigos, y son enemigos que pueden hacer daño por haber alimentado su rencor

sin disminuir su poder. En todos los sentidos, este proceder es inútil, pero tomar el control de los medios públicos y comprar la simpatía de los privados con favores es útil.

También debe, el nuevo gobernante, como se ha dicho, hacerse el jefe y defender a los vecinos más débiles, y a la vez arreglárselas para debilitar a los poderosos que no le sean favorables, y procurar que no favorezcan a la oposición. Porque gobernar es ganarse envidias y odios y a favor de una oposición fuerte jugarán siempre los que estén descontentos, ya por demasiada ambición, ya por miedo. Y la secuencia de los acontecimientos es que, tan pronto como la oposición parece capaz de alcanzar el poder, todos aquellos menos poderosos se le adosan esperando que pueda beneficiarlos, azuzados por la envidia que albergan contra quien ha tenido el poder antes que ellos y contra aquellos a quienes ha favorecido; tanto que, con respecto a estos jefecillos menos poderosos, no debe tener inconveniente alguno en ganárselos, porque todos hacen rápidamente y con agrado una piña con quien acaba de conquistar el poder. Solamente debe tener en cuenta que no cojan demasiada fuerza y demasiada autoridad, y que fácilmente pueda debilitarlos usando sus influencias o retirándoles el favor si llegase el caso y fuese necesario para seguir gobernando. Y quien no gobierne bien, perderá rápidamente los favores que ha comprado y, mientras los conserve, tendrá infinitas dificultades y molestias domésticas.

Los socialistas, una vez ganaron el poder en Cataluña, no supieron mantener bien estas reglas: no

supieron ganarse el favor de los medios más poderosos que no tenían tradicionalmente a favor, al promover una reforma de tanto calado como la del Estatut dieron a la oposición muchas oportunidades de acrecentar su poder y su influencia y a los otros miembros del gobierno la oportunidad de marcar perfil propio, engañaron y finalmente despreciaron al pueblo y las instituciones de Cataluña y dejaron coger prestigio a los partidarios de la independencia. Porque los socialistas fueron incapaces de hacer lo que deben hacer todos los gobernantes sabios, que no solo miran las alteraciones del presente, sino que también han de prever las futuras y evitarlas después con todos los medios; porque, anticipándose a los males lejanos, se remedian fácilmente, pero si esperas a que se te echen encima, la medicina llega tarde porque la enfermedad es incurable. Y pasa con esto lo mismo que dicen los médicos del cáncer, que al principio su mal es difícil de diagnosticar, pero fácil de curar; pero que con el paso del tiempo, no habiendo conocido la enfermedad y no habiéndole administrado el tratamiento adecuado, es fácil de diagnosticar pero difícil de curar. Así pasa con los asuntos de gobierno, porque conociendo con antelación los males que nacen en aquel (lo que no es dado sino a uno prudente) se arreglan presto; pero cuando, por no haberlos conocido, se dejan crecer de forma que todos los conocen, no hay remedio posible.

Yo no quiero culpabilizar a los socialistas por tomar esta elección, porque queriendo gobernar en Cataluña y no teniendo otra alternativa para formar

gobierno que la que emplearon, tuvieron que hacer las alianzas que pudieron; y la elección les habría salido bien si en otros manejos no hubiesen cometido algunos errores. Por no ver de lejos las dificultades que traía consigo elaborar un Estatut con los nacionalistas catalanes y prometer el apoyo incondicional al texto resultante, no las pudieron remediar, y las dejaron crecer para evitar el conflicto y mantener el poder, olvidando que el conflicto no se evita, sino que se difiere con ventaja para los otros. Por ello prefirieron aplazar el conflicto, enmendando el texto más tarde en el Congreso y entrando en guerra con el PP en Madrid para no tener que pelearse con los nacionalistas en Barcelona; y habrían podido ahorrarse ambas, pero no supieron cómo y acabaron divididos y derrotados. No les agradó aquello que está hoy en boca de todos nuestros sabios, lo de gozar de las ventajas del tiempo, y prefirieron fiarse de su propia virtud y prudencia, porque el tiempo lo arrastra todo rápidamente, y puede traer tanto bien por mal como mal por bien.

Considérese ahora cómo podía el socialismo español mantener su reputación en Cataluña, si hubiese observado las normas escritas más arriba, y hubiese asegurado y defendido los intereses de sus votantes tradicionales, los cuales, por ser muchos y fieles, y miedosos unos de la derecha y otros de los nacionalistas, siempre necesitaron estar con él; y por medio de ellos se podía asegurar de quien era poderoso allí. Pero tan pronto consiguió el gobierno del Estado hizo lo contrario, manteniendo su alianza con los nacionalistas en Cataluña y al mismo tiem-



po traicionando las promesas que les había hecho en la tramitación del Estatut en el Congreso, y no se dio cuenta de que, con esta decisión, se debilitaba, perdiendo los amigos y el apoyo de aquellos que se habían recogido en su regazo, y a la vez engrandecía al PP, que veía reforzado su papel de partido de Estado frente a los amigos de los separatistas que le daba tanta autoridad. Y cometido el primer error, fue obligado continuar, como ha venido haciendo hasta el día de hoy.

No le bastó con haber engrandecido al PP y a los nacionalistas y haberse privado de los amigos, sino que, por desear gobernar tanto Cataluña como el Estado al precio que fuese, no solo perdió el poder en ambos lados sino, lo que es peor, la identidad y la unidad. Es algo de verdad muy natural y ordinario el deseo de alcanzar el poder, y siempre que lo hacen los hombres que pueden serán alabados o no censurados; pero cuando no pueden y quieren hacerlo de cualquier modo, este es el error y la censura. Si los socialistas podían, pues, gobernar Cataluña y el Estado, debían hacerlo; y si no podían, no debieron dividirse; y si la división del partido en Cataluña admitía excusa, siendo el precio que ha pagado por haber metido el pie en su gobierno por primera vez, esta merece repulsa por no tener la excusa de aquella necesidad.

Había cometido el Partido Socialista en Cataluña, pues, estos cinco errores: desautorizó a sus propios líderes, aumentó el poder de la izquierda nacionalista, hizo hueco en el centro para su gran adversario (Convergencia), con sus engaños y su falta de defi-

nición provocó el surgimiento de Ciudadanos y de Podemos en su mismo espacio electoral; no pudo o no supo tomar el control de los medios públicos ni ganar suficientes simpatías entre los privados. Estos errores, si todavía se hubiese mantenido en el gobierno central, podrían no haberle causado tanto daño, si no hubiese cometido el sexto: negar la crisis económica que se le vino encima y ser incapaz de liderar la respuesta que esta demandaba. Porque incluso si hubiese engrandecido el poder de los nacionalistas en Cataluña y ofendido a los conservadores con su agenda progresista, era cosa necesaria y razonable empezar las reformas que el tiempo y la situación exigían.

Y si alguno dijese: el gobierno de Zapatero actuó como lo hizo con la crisis y los nacionalistas para evitar un conflicto mayor, respondo con los argumentos recogidos atrás: que no se debe nunca permitir la continuación de un desorden para sortear un conflicto, porque entonces no se evita sino que se aplaza con perjuicio para ti. Y si cualesquiera otros alegasen la promesa que el propio Zapatero había hecho al pueblo de Cataluña de apoyar el Estatut que saliese de su Parlamento, respondo con lo que diré más tarde sobre las promesas de los gobernantes y cómo se deben guardar.

Los socialistas, en suma, perdieron el poder y la credibilidad por no haberse conducido por ninguna de las reglas aquí observadas. Esto no es ninguna excepción, sino algo muy ordinario y quizás incluso razonable. Pero todo ello deja la impresión de que, si los populares no dominan la cuestión territorial,

los socialistas no dominan los asuntos de Estado, porque si lo hubiesen hecho, no habrían dejado deteriorarse tanto ni la situación de la economía ni la situación de Cataluña. Y de esta experiencia se ve claro que ni fueron los primeros ni serán los últimos que teniendo que elegir entre el poder y los principios sacrificaron los principios y perdieron el poder.